

A los padres y las familias de nuestros alumnos.

Mientras les escribo en esta mañana de sábado, unas pocas gotas han mojado los patios del colegio, a la espera de que venga ya de una vez la lluvia que tanto se necesita. Con esta carta, como siempre, lo que deseo es acercarme a cada hogar.

A lo largo de estos meses, cuando he tenido oportunidad de mensajearme o de hablar por teléfono con muchos de ustedes, vuelvo a convencerme del valor de la palabra, de la comunicación. Somos humanos y necesitamos expresarnos, escuchar y ser escuchados. Valoro mucho la confianza y la apertura de todos; también agradezco la palabra que puede sonar más crítica o exigente. Estoy convencido de que nunca surge de mala voluntad, al contrario. Cada uno de nosotros, desde la propia realidad está librando sus batallas, y expresamos las cosas como podemos. Yo mismo he tenido que pedir disculpas en más de una ocasión, porque no quisiera que por la vehemencia o el modo de comunicarme alguien pueda sentirse herido.

La carta del mes de julio

Este año durante el mes de julio no les escribí ninguna carta. Y les comparto cuál fue la razón. Se seguía extendiendo la cuarentena. Uno seguía escuchando múltiples vivencias de los chicos, los padres, los docentes. No faltaban motivos para sentir alegría y esperanza. Pero tampoco faltaban insatisfacciones y más de una vez desilusión. El cansancio se fue apoderando de muchos, con distintos matices, pero era cansancio al fin. Me tocó alentar y sostener. Pero a medida que se aproximaba el receso invernal sentí que me quedaba sin nafta; sin fuerzas. Era como si una estación de servicio se viera obligada a poner el cartel de *“no hay más combustible”*.

Esa pausa escolar que pudimos tener en julio se prestó para pasar más tiempo solo, tratar de dormir más, aunque el sueño ya venía muy cambiado, y retomar las caminatas que me gustan hacer. Fue durante esos días que me cayó la ficha de que estaba triste. De eso se

trataba, de sentir mucha tristeza. Apenas se instaló la cuarentena había conservado el mejor estado de ánimo posible; muy expeditivamente iba tachando del calendario una tras otra las actividades previstas, tratando de encontrarle a esta coyuntura el lado más favorable.

Y estuvo bien salir enseguida a buscar la manera de adaptarnos a la nueva situación. Pero a la par de eso veo que necesito darle espacio y prestarle atención a lo que voy sintiendo. Creo que les pasa a ustedes como padres, más de una vez. En el fragor del día a día, uno posterga o tapa lo que siente porque está siempre ocupado en responder a las necesidades del hogar, especialmente de los hijos. Pero tiene que llegar el momento del “*stop*”, de meterse para dentro y mirar con calma todo lo que atraviesa nuestro corazón.

Perdonen si todo esto les suena muy autorreferencial o demasiado obvio; pero cuando escribo una carta lo que busco es justamente decir una palabra que sea “*mía*”, que tenga que ver con lo que vivo. Por eso en mi cuaderno fue importante que anotara esas dos palabras: “estoy triste”. Y enseguida agregué algunos puntos:

- aunque me gusta repetir que no es un año perdido, tengo que aceptar que hay cosas y posibilidades que ya se perdieron. Hay actividades que no se van a hacer. Hay algunos objetivos que no se van a alcanzar. Y duele. Tengo que aceptar que duele perder todo eso.
- aunque al principio de lo que se trataba era de ir posponiendo cosas, cambiando de fecha lo previsto ...en un momento dado comprendí que en algunos casos no se trataba de eso. Hay cosas que no se dieron ahora, y no se darán nunca más. Después Dios y la vida se ocuparán de que tal vez recupere tal o cual cosa, pero hay muchas cosas que no se podrán recuperar o vivir.
- más de una vez debo decirme a mí mismo: “no eres LA víctima de la pandemia”. Todos, en diversa medida, están también atravesando una experiencia inesperada, que nos descolocó. Así como tengo que ser a veces más amplio y compasivo en mi propio examen de conciencia, también tengo que serlo con los otros.

- he de estar atento... porque a la tristeza le gusta disfrazarse de enojo. Y entonces me la termino agarrando con cualquier persona. Voy masticando mi propia insatisfacción y los otros me encuentran menos tolerante o flexible, o de repente deposito mi enojo o mi frustración *“ante la oficina equivocada”*.
- una de las sensaciones que con frecuencia se apodera de mí es la impotencia. ¡Cómo me cuesta *“no poder”!*... Uno avanza en la vida muy seguro de sí mismo, consciente de que puede hacer mucho, de que puede concretar numerosas cosas. La pandemia me obligó a llevar el auto a boxes, y no por segundos como en la Fórmula 1... sino por horas, días, semanas.... *“No puedo esto ... no puedo esto otro ... no puedo tampoco tal cosa...”*
- y de a poco Dios me fue mostrando que no hay una única manera de hacer las cosas, o me encontré de repente haciendo cosas distintas y descubriendo habilidades que ni imaginaba tener, o me impactó ver a un compañero de camino que le está buscando la vuelta para sortear la dificultad de otro modo, que a mí no se me había ocurrido.

Sin un reconocimiento de esa tristeza y de esa impotencia, es más complicado seguir adelante. O se sigue tal vez, pero yo creo que es más sano *“tomar nota y hacerle caso”* a esas percepciones.

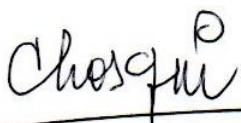
- Por eso uno celebra cada vez que con personas de mucha confianza puede abrir el corazón, desahogar la pena, poner sobre la mesa lo que se siente. ¡Nos hace tanto bien sacar a veces lo que llevamos dentro!; cosas que vuelven muy pesada la mochila, reconocernos vulnerables sin tantas vueltas. A todos les debe haber pasado que tras encontrarse con un amigo el problema tal vez no se solucionó... pero la mochila ya no fue tan pesada.
- Por eso uno puede encontrarle un mayor sentido a aquello que escribió el apóstol Pablo: *“todo lo puedo en Aquel que me fortalece”*. Estamos tan acostumbrados a poderlo casi todo, a ser los actores o protagonistas de tantas cosas.... No debemos resignarnos como quien quedó sin poder hacer absolutamente nada. Sí que podemos, lo que sucede es que estábamos tal vez demasiado apegados a cierto modo de lograrlo. Por momentos parece que la escuela de la vida nos mandó a todos de nuevo a primer grado.

Se trata seguramente de volver la mirada a Dios, de contar con su presencia, con su gracia. Incluso cuando parece que Dios está en silencio, sin decir nada... estemos atentos: puede estar hablando o queriendo llegar a nosotros de una manera distinta a la que estamos acostumbrados.

Cuando lloramos, nuestros ojos mojados por las lágrimas quedan limpios, y es interesante entender eso como una purificación de la mirada. Y entonces quedamos en mejores condiciones de ver a quien está cerca y quizá la está pasando mucho peor. Admiro a tantas personas que, sin dejar de padecer los efectos negativos de esta coyuntura, son capaces de sobreponerse y ayudar a otros. Y no son súper héroes, son de carne y hueso como nosotros; es admirable su capacidad de levantar la mirada y ayudar a otros a salir adelante; a veces con gestos o detalles muy pequeños, pero de verdad importantes para quien está necesitado de ayuda o aliento.

Concluyo reiterando como siempre que en el rezo del Rosario de cada noche tengo presente a todos nuestros alumnos, a sus hogares. A ustedes, un abrazo y mi bendición,

aamaya@sanjoserosario.com.ar


P. Ángel Amaya SDB
Padre Director

130 AÑOS

Formando buenos cristianos y honestos ciudadanos